



Miguel Oliva

recuerdos de una amistad

por Luis Pericot

Temo que la acumulación de tareas y la serie de notas biográficas que en estos últimos meses me he visto obligado a redactar me hayan llevado a repeticiones y olvidos. Me falta la tranquilidad necesaria para precisar los recuerdos y el tiempo para consultar las notas de mi dietario. Espero que el lector me perdone esta inevitable prisa en un momento en que hay un público numeroso y exigente, afanoso por conocer algo más de la vida y actividad de los prehistoriadores que como Oliva han sido queridos e idolatrados por cuantos recibieron de él el mensaje de la Arqueología.

Si mis recuerdos no me engañan, mi primer encuentro con Oliva ocurrió, cerca del Museo, en 1940. El amigo Riuró le orientaba y creyó en las condiciones de vocación del joven Oliva. Este llegaba, cuando le conocí, de una excursión al poblado ibérico de San Julián de Ramis. Aquel rápido encuentro me bastó para convencerme de que Riuró había acertado despertando aquella incipiente vocación.

Desde aquel momento mis contactos con él fueron creciendo rápidamente, y, por fortuna, tuvieron manera de concretarse en tareas de excavación. En aquellos años no podíamos pensar en lo que se lograría con el tiempo. A todos daba pena que las excavaciones de Ampurias se realizaran bajo el patrocinio exclusivo de otra provincia. Será interesante el día en que se escriba el relato de los orígenes de la actividad arqueológica después de la guerra civil, especialmente lo que a través de la Comisaría provincial de excavaciones pudo lograrse. El apoyo de los sucesivos directores del Museo provincial se unió a lo que la Comisaría General de excavaciones impulsó.

Se volvió a la excavación de varios yacimientos en los que se había trabajado ya por los jóvenes gerundenses, pero pronto se insistió en el trabajo en yacimientos prometedores. Uno de los lugares en que pusimos más esperanzas fue Bañolas y su comarca, donde existía un centro de estudios con un sentido muy desarrollado de autoctonismo. Durante varias temporadas volvimos a Serriñá, excavando la **Bora Gran** y otros yacimientos menores y animando al Dr. Corominas en la excavación de yacimientos que se descubrieron por aquella comarca. Tal el **Reclau Viver** con ricos niveles de Paleolítico superior. Aquellos contactos dieron pretexto a conferencias para que la culta ciudad de Bañolas se adentrara en temas prehistóricos. Se llegó incluso a que el doctor Alcobé pudiera limpiar la mandíbula neandertaloide (?) descubierta medio siglo antes por D. Pedro Alsius.

Miguel Oliva, derrochando esfuerzos y tiempo, incansable, no tardó en cuidar de los nuevos hallazgos y excavaciones, como funcionario de la Diputación. De manera algo informal llegó a ser en la práctica el conservador del Museo de San Pedro de Galligans, cuyas viejas salas parecía que iban a caerse bajo el peso de los materiales que no cesaba de ingresar en él.

Una circunstancia favorable permitió un paso más. La propiedad del Mas Juny en la zona de la costa llamada del «Castell» en la Fosca (Palamós), había pasado de manos del pintor Sert a las de los hermanos Puig Palau. D. Alberto Puig se convirtió en mecenas de tareas intelectuales. Se interesó al conocer que en su finca existía un poblado ibérico, excavado en 1935 por Riuró y sus colaboradores, por lo que nos llamó. De ahí salió una de las empresas arqueológicas más importantes entre las realizadas en la provincia, la excavación del poblado del «castell» de la Fosca (Palamós).

Por vez primera se realizaba sin problema financiero una excavación de este tipo. D. Alberto Puig venía con frecuencia a ver nuestros progresos, que mostraba a ilustres forasteros. El final de la temporada se realizó siempre con una comida de hermandad al aire libre, amenizada por el canto de una canción de pescadores al que pusimos letra adecuada, que no podía ser otra que la de «Visca D. Alberto Puig...».

La apoteosis científica se alcanzó cuando en las varias ocasiones en que los «Cursos de Ampurias» que dirigíamos con el colega Almagro, visitaron el lugar de la excavación, fuimos delicadamente obsequiados. En una de esas visitas, gozamos todos con el parlamento del sevillano prof. Lafita, florido y entusiasta.

Recuerdo aún vivamente mi llegada a Palamós en numerosas ocasiones, el sábado por la tarde, en que Oliva me esperaba y con qué afán me contaba los hallazgos de la semana, antes de una opípara cena en el entonces Hotel Rocafosca. He de confesaros que por diversas causas, la generosidad de don Alberto Puig, el número de amigos por aquellos lugares, guardo de aquellos días los mejores recuerdos que una labor arqueológica me haya proporcionado.

Pero el final de este episodio no ha sido tan feliz como hubiésemos deseado. Diversas circunstancias entre ellas la atención absorbente a Ullastret, apagaron aquel foco de actividad tanto para Oliva como para mí. Y aquel bello rincón de la Costa Brava, con su curioso puerto tallado en la roca quedó abandonado. En varias ocasiones nos propusimos la publicación de lo realizado, pero ya nunca más se intentó. Ahora que poseemos tantos excelentes alumnos espero que se pueda terminar esta excavación en la que se reúnen una larga serie de atractivos problemas.

Entre tanto se había iniciado la gran excavación: Ullastret. Yo había visitado con el profesor Schulten lo poco que se veía de los muros de Ullastret poco después de que unos aficionados de La Escala dieron a conocer las ruinas. Era allá por el año 1932. Serra Rafols, Gudiol, entre otros, iniciaron prospecciones en el lugar. Pero hasta pasados unos años del final de la guerra no tuvimos los medios ni la organización para emprender una excavación con tales problemas. Cuando este momento llegó, Oliva pudo ya ponerse al frente de los trabajos. Por mi parte impulsé cuanto pude la tarea.

Después, entre todos ayudamos a que la excavación se planteara en forma que nada se perdiera de ella. Y así llegaron jornadas preciosas, con hallazgos sensacionales y las autoridades gerundenses ya totalmente adheridas. La reunión anual del Presidente de la Diputación con los especialistas y catedráticos de la Universidad de Barcelona marcaba un hito en la investigación anual y eran augurio de nuevos progresos.



Faltaba algo importante. El que Miguel Oliva entrara en los escalafones de científicos. No fue tarea fácil a veces pues nuestro amigo creía, con razón, que su labor por sí sola le había de llevar a la maestría y no los títulos. Insistimos y acertamos. A los pocos años era licenciado en Historia, aunque tuviera que terminar su carrera en Zaragoza ante la terca postura de un catedrático exigente. Lamento tener que hablar así, pero tal era la realidad. Después, el Doctorado.

Y ya entonces, la docencia. Esta se inició con la enseñanza de la Arqueología paleocristiana, pues esta materia careció de profesor numerario hasta que llegó un gran especialista, gerundense también, que había trabajado con Oliva y conmigo, en interesantes campañas para las que habíamos tenido la ayuda por parte de la autoridad militar, sobre todo en Rosas. Me refiero a don Pedro de Palol, el cual estuvo una temporada de director del Museo Arqueológico. Poco después, la creación de una llamada universidad autónoma le separaba un poco de su vieja escuela de Arqueología. La Diputación provincial de Gerona patrocinaba la Escuela universitaria en la inmortal ciudad y Miguel Oliva, funcionario de la Diputación, era llevado como profesor a la nueva universidad.

Sentimos algunos una profunda pena pues en cierta manera le perdíamos en el momento en que su carrera científica de nuestra mano le había llevado al primer plano de la actividad arqueológica. Acaso se dirá que nuestra posición era egoísta. Lo que temíamos era el peligro de la eterna dicotomía en la vida política y cultural de nuestro país. Sólo el tiempo dirá si esa dicotomía ha podido ser superada por la honestidad de los investigadores.

Queda para el final de estas apresuradas notas, mi referencia a lo que era ya el yacimiento arqueológico que todos los arqueólogos hispanos reconocían como la obra de Oliva y como el premio que su generoso esfuerzo de muchos años le había ganado. Ullastret. Desde 1947 hasta su muerte prematura había consagrado a 'Ullastret más de un cuarto de siglo de su vida.

Fue admirable la ayuda que la Diputación le prestó y aquí hay que citar siempre el recuerdo del inolvidable don Juan de Llobet y con él las sucesivas personas que siguieron al frente de los servicios culturales de la Diputación. No sólo supo presentar el yacimiento y el Museo en forma amena y accesible al visitante profano en nuestros estudios. Sobre todo comprendió el papel del Servicio de Excavaciones y pudo así reunir locales y personal de todo género, hasta el punto de que salvo los museos de Madrid y Barcelona, puede colocarse el de Gerona en la primera fila de las instituciones que tienen a su cargo la custodia del pasado pre y protohistórico de España.

Ahora era el momento de recoger los frutos de cuanto se había sembrado. La ocasión de publicar las grandes monografías que Ullastret merece. Algún día aparecerá la necrópolis, que proporcionará nuevas montañas de cerámica.

Desgraciadamente ya no estará junto a los jóvenes que se están formando. Pero no temo que su muerte provoque un colapso en la labor futura. Su memoria, el recuerdo de su inmensa labor forzosamente ha de convertirse en algo mítico, para quienes no le hayan conocido. Cada obra que aparezca sobre uno de los temas suyos será parte de un inmenso monumento, con una clara orientación: terminar el estudio de Ullastret y partiendo de él aclarar de manera definitiva la etnia y cultura del elemento básico de nuestros abuelos, de esos primeros ampurdaneses de hace unas sesenta generaciones, cuando ya el Ampurdán era azotado por la tramontana y ligeramente distinto del actual en sus bajas tierras costeras y en su complicación fluvial.

De la labor de los jóvenes, del esfuerzo de todos, ha de salir la corona inmarcesible para Miguel Oliva Prat. ¡Así sea!

